

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SUPLEMENTO AL NÚM. 692 DE A B C



SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS

AÑO II

MADRID, 27 DE ABRIL DE 1907

NUM. 14



EL ZAPATERITO

CONTINUACION

Para no renunciar á su distracción y evitar tan agrestes saludos, imaginó un medio que le permitía examinar las estampas y regresar pronto á casa de su tío.

Cruzaba las calles como veloz lie-



bre perseguida de cerca por corredores galgos, hasta que, jadeante y sofocado, llegaba ante un escaparate; después de visto corría al más próximo, siguiendo el mismo procedimiento por todo el camino que tenía que recorrer para

llegar á casa del parroquiano, repitiéndole á la vuelta.

Un día entró en la tienda acaloradísimo, tomó su trabajo con las manos temblorosas, y se sentó casi falto de respiración, al lado del otro aprendiz.

—¡Qué tonto eres!—le dijo este último;—¿qué necesidad tienes de apurarte? Si te gusta mirar las estampas, detente con tranquilidad y no apresures el paso por eso. Repara á todos los aprendices de nuestro oficio: pierden el tiempo por las calles silbando y tarareando con los zapatos al hombro. Que se incomoda el maestro y les quiere pegar, se le dice: «don Fulano ha tardado mucho en pagarme», ó «doña Mengana no estaba en casa, y la criada tenía orden de que me esperara á ver si estaban bien los zapatos»... y otras mil cosas.

A Guillermo se le cayó lo que estaba haciendo de entre las manos, y miró al aprendiz vivamente asombrado.

—¡Eso... sería... mentir!—dijo con voz casi imperceptible; pues sus inocentes labios apenas se atrevían á pronunciar tan indigna palabra.

—¿Y qué? Aunque fuera una mentira—añadió el aprendiz sonriendo maliciosamente,—¿acaso no sabes mentir?

Guillermo se puso como una amapola; toda la sangre se le agolpó á la cabeza.

—¿Mentir yo? ¡nunca!; ¡yo no sé mentir!—respondió resueltamente.

—¿Por qué, imbécil?—le preguntó el mal consejero.

—Mi madre me lo prohibió—exclamó con tal tono de convicción que el aprendiz, avezado al mal, guardó silencio y no insistió más sobre este punto.

Un día Guillermo fué á entregar hacia el Jardín Botánico, en una de las casas que los habitantes de Berlín ocupan en aquel barrio durante el estío. Corriendo á lo largo de la calle no reparó en un perrazo que iba á escape

en dirección contraria, chocando contra él tan fuertemente, que dió de bruces en la acera, yendo á parar unos preciosos zapatos de blanca seda que llevaba á una señora á un arroyuelo que á causa de las últimas lluvias estaba casi convertido en río.

El pobre Guillermo se anegó en llanto al recuperar los zapatos enteramente estropeados, circunstancia que le impedía entregar á su tío los 20 reales en que estaban valuados.

En una ventana de las casas próximas estaba fumando un caballero, que al tirar la ceniza de su cigarro, fijándose en Guillermo, le preguntó:

—¿Por qué lloras?

El infortunado aprendiz enseñó al desconocido los zapatos llenos de barro, el cual, sin más explicaciones, comprendió lo sucedido.

—¿Cuánto valen?—añadió cariñosamente.

—Veinte reales, me ha dicho mi maestro—respondió Guillermo, tratando de secar al mismo tiempo los zapatos con su blusa.

Un duro cayó de la ventana á sus pies.

—Toma, para pagar los zapatos—dijo el desconocido,—y estas dos piezas de diez céntimos para indemnizarte del susto.

Y se retiró en el mismo instante, sin esperar siquiera las gracias, apareciendo en su lugar una niña como de siete años, con una muñeca que podía pasar por su hermana gemela, la que después de mirar á nuestro pobre jovenzuelo algunos momentos, desapareció con la prontitud de su antecesor.

Guillermo esperó algunos minutos, pero como su bienhechor no volvía á aparecer, se decidió, bien á pesar suyo, á tomar el camino de su casa.

—¡Habrás visto bruto!—le dijo el amo cuando le vió,—¿te has lavado la cara con barro del arroyo? Mírate y dime si no tienes cara de deshollina-

Gente Menuda

dor. Y al decir estas palabras empujó á Guillermo hacia un espejito colgado en la pared, tan brutalmente, que el niño se dió un encontronazo contra el cristal.

Como el pobre Guillermo se había limpiado las lágrimas con las manos después de sacar los zapatos del arroyo, se llenó de barro la cara, de tal modo, que al verse de pronto en el espejo, olvidando la mala acogida, no pudo menos de soltar una estrepitosa carcajada, interrumpida por la pesada mano del maestro, que estuvo largo rato en contacto con su delicada espalda.

—¿Y el dinero de los zapatos?—le preguntó bruscamente.

Guillermo le entregó los veinte reales y las dos piezas de diez céntimos, y le contó lo sucedido. El maestro se guardó todas las monedas, y llamando á su mujer, que estaba en una pieza inmediata, la dijo:

—Toma estos veinte céntimos, con que no contaba, y tráete pasteles por todo su valor, así nos regalaremos.

Después, poniéndose la gorra, se dirigió á la calle, advirtiéndole antes que como no iba lejos estaría de vuelta á la hora de tomar café.

—Eres la persona más tonta que conozco—le dijo en voz baja su compañero el aprendiz, así que el maestro se hubo alejado;—¿por qué le has dado los veinte céntimos? Con el duro estaban pagados de sobra los zapatos, y las dos monedas de cobre te pertenecían. Ahora, ya que eso no tiene remedio, á ver si escamoteas un trozo de pastel, y no lo pierdas.

Guillermo desconfiaba del aprendiz desde el día en que le incitó á mentir, por esta vez le daba la razón.

—Los veinte céntimos, se decía, me los había dado á mí el caballero... ¡Ay, cuántos pasteles hubiera podido comprarme...! O lo que hubiese sido mucho más prudente: hubiera podido comprarme durante mucho tiempo un

panecillito por la mañana. Otra vez no seré tan tonto. El buen señor se asombraría si supiese que el amo se come en este momento lo que él me había dado á mí. ¡Qué lástima que no haya podido darle las gracias! Pero me ocurre una idea: apuesto á que la niña que salió á la ventana es su hija; es preciso que la haga un par de botinas para su muñeca.

Al amanecer del día siguiente, con unos pedacitos de tafilete carmesí, estaba manos á la obra, á vueltas con su



calzadito; ya armadas las botas, las puso unas plantillas, quitó una cintita azul que servía para atar la cartera de su padre, y que él utilizó para bordarlas, abrió los ojetes, y poniéndolas un cordoncito terminó su tarea, bajando á trabajar contento de no haber recibido la visita matutina de su maestro, después de guardárselas envueltas en un papel en el bolsillo del pecho.

Por la tarde fué á llevar otros zapatos en substitución de los manchados. Al ver de nuevo la ventana de donde le echaron el dinero, se estremeció de alegría: estaba abierta.

Continuad.





LOS QUEHACERES DE SARITA

V
L
 ayal No dirá mi hermana que me porto mal; estoy trabajando atrocemente. Cierta que las profesoras del colegio son muy buenas, y me ayudan bastante; pero justo es hacer constar que yo soy muy trabajadora. Y no crean ustedes que es por el interés; no, señor. Aunque me regalaron el cochecito por las labores de *crochet*, y un magnífico lavabo para los niños por las mantelerías, y me han ofrecido una cuna, colgada y todo, para que los acueste, les aseguro á ustedes con toda formalidad que lo mismito hubiera trabajado aunque no me hubiesen regalado nada... No; no quiero ser hipócrita con mis amiguitas de GENTE MENUDA; no hubiera trabajado con tanta prisa ni con tanto gusto, si no fuera por la golosina de los juguetes. ¡Ay! pero qué simpatiquísimo es el... el... joven aquel del que ya tienen ustedes noticia; entre él y mi hermana me compran todas esas cosas tan rebonitas. Ya tengo unos deseos atroces de enseñárselas á todos, y así lo haré en cuanto termine la labor que traigo ahora entre manos. Porque eso sí, declaro con toda la formalidad de una niña de mis años, que ahora me insurrecciono, y en cuanto termine todo esto, me dedicaré una temporada á jugar, sólo á jugar, y si me prometen ustedes ser buenos y no acusarme, hasta les diré una picardía que estoy imaginando; verán. En cuanto termine todo esto de los bolillos... ¡á que no aciertan ustedes lo que me va á pasar...? ¡No...? ¡Ah! Pues que me van á dar unos dolores de cabeza grandísimos, atroces, y unos mareos... ¡ay qué mareos...! Naturalmente que sólo á la hora de ir al colegio. Con eso conseguiré que me dejen unos días sin ir á clases, y me quedaré á jugar mucho para desquitarme de lo poco que ahora juego... ¿Qué dicen ustedes...? ¿Que conocerán mis papás la picardihuela, y no me escaparé sin ir al colegio...? ¡Anda, andal! Lo menos, lo menos, tres días, me saldré con la mía...! Después... quizá después yo misma eche de menos el colegio. ¡No se está mal en el colegio, y á mí no me disgusta ir! ¡Pero es que llevo una temporadita que ya, yal

Voy á explicarles, según costumbre, lo que estoy terminando.

Genes Menudas

En casa he hecho una puntilla de bolillos, no muy ancha, de unos ocho centímetros; como esa muestra.

Y además unas aplicaciones sueltas, como la muestra también.

Con esto estamos adornando unas sábanas y unas almohadas que quedan preciosísimas; yo lo explicaré.

La tela lleva un festón de ondas muy grandes y muy pronunciadas; debajo de ese festón se coloca un gran volante de nansú, cuyo volante lleva de cuando en cuando, colocadas al aire, esas aplicaciones, y á la orilla, el encaje del que he hablado; puedo asegurarles á ustedes que resulta bonitísimo; claro es que mi hermana ha bordado su nombre con *la mar* de calados y *la mar* de adornos... Esto de *la mar* creo que no es demasiado bonito decirlo; por lo menos á mí me lo han corregido, lo mismo mi papá que las profesoras; pero, la verdad, á mí, cuando voy á ponderar alguna cosa, lo encuentro muy á propósito; si digo que tal cosa es *la mar* de bonita, me parece que todo el mundo se queda convencidísimo de ello.

Bueno, continúo; eso lo hice en casa á ratitos. En el colegio, hice una puntilla, también de bolillos, pero muy ancha, mucho; convénzanse ustedes.

Y un entredós haciendo juego.

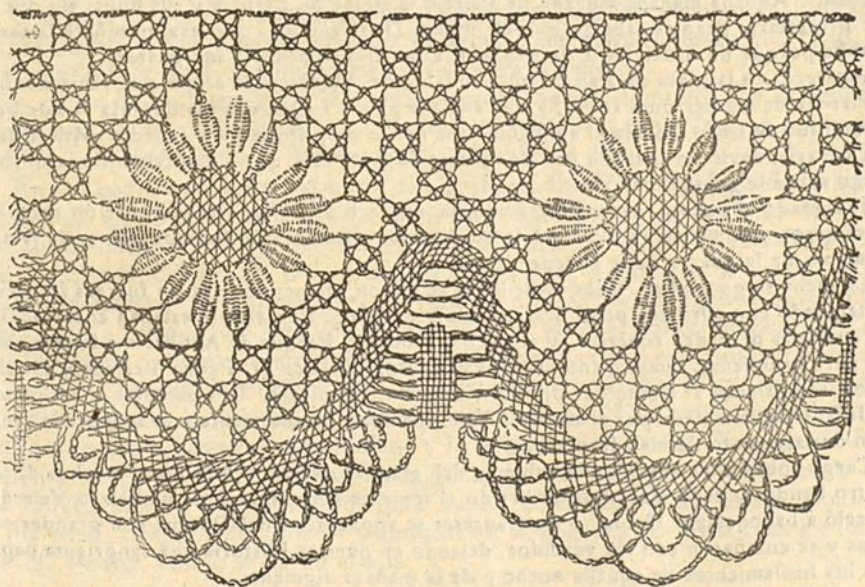
Todo ello con destino á otra sábana y otras almohadas, que llevaban además una cenefa calada. También resultó bonito; pero aquí tienen ustedes, cómo me van á tener que dar la razón. Esto, á pesar de ser de mayor trabajo, me parece que digo bastante diciendo que ha resultado muy bonito, y en cambio, el anterior, como no diga *la mar* de precioso, no lo creo suficiente.

Aquel volantón de nansú, con incrustaciones y puntilla, saliendo de debajo de las ondas del festón produce un efecto... ¡Cómo dijo mi hermana...? Un efecto... es... *espumoso*; eso es, *espumoso*.

Pues nada, ustedes perdonen, á mí me agrada más decir.

La mar de bonito!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO





EPISODIOS HISTÓRICOS

LA DEFENSA DEL PARQUE DE ARTILLERÍA (1808)

En la Exposición nacional de Bellas Artes de 1884 figuró este cuadro del ilustre pintor Sorolla, que entonces era una esperanza y hoy es una gloria del arte español. El asunto del cuadro es la heroica defensa que Daoiz y Velarde, con el pueblo de Madrid, hicieron del Parque de Artillería contra las tropas de Napoleón el 2 de Mayo de 1808.

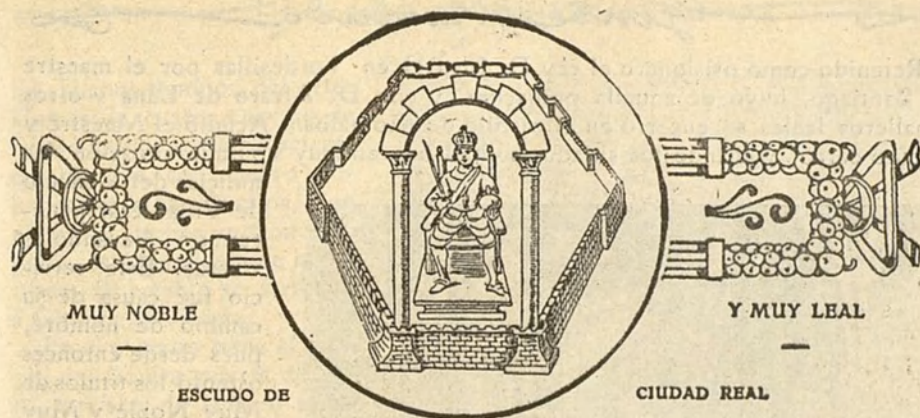
Aquella mañana salieron de Palacio la Reina de Etruria y sus hijos, sin que nadie protestara; pero al saberse que el infante D. Francisco, que era un niño á la sazón, lloraba porque no quería salir de Madrid, el pueblo comenzó á indignarse.

Apareció en la plaza de Palacio un ayudante de Murat, y se creyó que venía á activar la marcha de los personas reales, y una anciana gritó: «¡Que nos los lleven!» A este grito la multitud se lanzó contra el ayudante, que se vió muy apurado, y sabedor Murat de lo que ocurría, envió un batallón con dos piezas de Artillería, que sin previa intimación, hizo fuego sobre la gente indefensa.

Indignado el pueblo, extendióse como un reguero de pólvora la indignación contra el extranjero, y comenzó en Madrid la sangrienta y memorable jornada del 2 de Mayo, principio de la guerra de la Independencia.

La lucha se generalizó, y los madrileños se vieron acometidos por las fuerzas francesas, sosteniendo con ellas una pelea desesperada y desigual. Las tropas estaban encerradas en los cuarteles de orden superior, y el pueblo acudió al Parque de Artillería á buscar cañones para su defensa, cuando entonces los valerosos oficiales D. Pedro Velarde y D. Luis Daoiz se pusieron al frente del pueblo y sacaron tres piezas. Los paisanos y un piquete de Infantería, mandado por el teniente Ruiz, lucharon heroicamente y consiguieron rendir á un destacamento de cien franceses.

Cargó sobre ellos entonces la columna del general Lefrano; murieron muchos de uno y otro bando, y cayó mortalmente herido el teniente Ruiz, murió de un balazo Velarde y pereció á bayonetazos Daoiz, y los franceses se apoderaron del Parque con grandes pérdidas y se ensañaron con los vencidos, dejando en nuestra Historia una sangrienta página con los fusilamientos de aquella noche y de la mañana siguiente.



LAS CIUDADES ESPAÑOLAS. CIUDAD REAL

Situada en una baja llanura y á unos cinco kilómetros del río Guadiana, se halla Ciudad Real, cuyo aspecto es agradable y pintoresco, pues su blanco caserío aparece rodeado de algunos restos de sus antiguas murallas y de una campiña cubierta de viñedos, olivares y arboledas.

Hasta mediados del siglo XIII no fué población de importancia. Llamábase hasta entonces Pozuelo Seco de Don Gil y dependía de Alarcos, destruída por los moros en 1195 en la terrible batalla tan funesta para las armas cristianas.

Iba á Andalucía el rey D. Alfonso el Sabio el año 1262 cuando, prendado de la amenidad del sitio y teniendo en cuenta lo conveniente de establecer allí una fortaleza contra los moros, determinó convertir en ciudad aquella humilde aldea; y en 1273, hallándose en Burgos, expidió carta puebla para edificar una ciudad con el nombre de Villa Real.

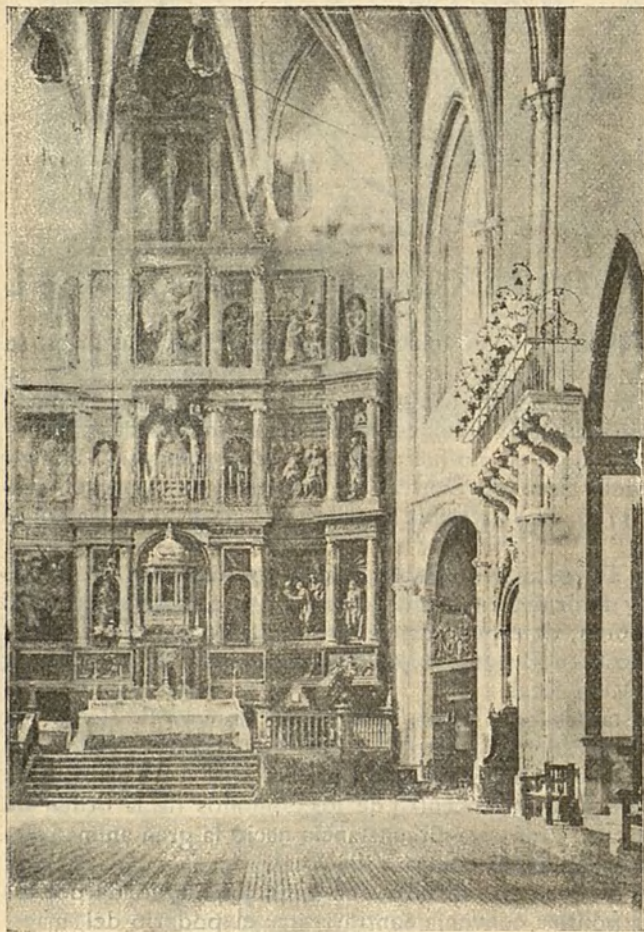
Otorgóla el Rey importantes privilegios, y en poco tiempo la ciudad se engrandeció y fué preciso ampliar el templo de Santa María del Prado, por ser insuficiente para el número de fieles que á él acudían.

A pesar de hallarse Villa Real en el centro de los dominios de la orden de Calatrava no dependía de ella, y de esta circunstancia nació la gran animadversión que el capítulo de la orden sintió contra Villa Real.

En las continuas luchas que con ella sostuvo, fué Villa Real ayudada por los Reyes de Castilla, á cuya política convenia contrarrestar el poderío del maestre de Calatrava. El Concejo de Villa Real rebelóse contra el rey D. Pedro I de Castilla en odio á D. Diego García de Padilla, á quien el Rey había hecho nombrar maestre de Calatrava, y fué vencido en 1355 y castigados severamente los nobles; pero aquel Rey, cuya severidad le valió el sobrenombre de Cruel, fué indulgente con el Concejo. D. Juan I de Castilla donó esta población en 1383 á León V, rey de Armenia, quien la disfrutó hasta el año 1391, en que por su muerte volvió á la Corona. En tiempo de Enrique III fueron desposeídos los judíos de las sinagogas que tenían, y la villa se adjudicó á Gonzalo de Soto, quien en 1398 la vendió á Juan Rodríguez, tesorero mayor del Rey en la Casa de la Moneda de Toledo. Rodríguez fundó el convento de Santo Domingo. Villa Real, después de haberse separado de la política de los Reyes en tiempo de D. Pedro, volvió á ser su aliada.

Gente Menuda

Rerenido como prisionero el rey D. Juan II en Tordesillas por el maestre de Santiago, huyó de aquella población, y con D. Alvaro de Luna y otros caballeros leales se encerró en el castillo de Montalbán. Acudió el Maestre y le puso cerco, y cuando los sitiados se hallaban en muy apurada situación, las



INTERIOR DE LA CATEDRAL

milicias del Concejo de Villa Real penetraron, llevándoles víveres. Este servicio fué causa de su cambio de nombre, pues desde entonces ostentó los títulos de Muy Noble y Muy Leal ciudad de Ciudad Real.

A la muerte de Enrique IX, el maestre de Calatrava se puso de parte de doña Juana la Beltraneja, y Ciudad Real se declaró partidaria de doña Isabel. Los Reyes Católicos, agradecidos á este servicio, así como á los subsidios que les prestó en 1487, crearon en Ciudad Real una Real Audiencia y Cancillería, y mandaron restaurar sus muros y fomentar el laboreo de sus minas.

Llegó á ser esta ciudad muy importante por su industria; pero la expulsión de los moriscos la hizo perder sus más

laboriosos pobladores, y se resintió considerablemente su industria y su agricultura.

En tiempo de Carlos II fué nombrada cabeza de partido, y en 1814, por acuerdo de las Cortes, capital de provincia.

La parroquia de Santa María del Prado, hoy catedral, es su edificio antiguo más importante. Es este templo de estilo gótico y de una sola nave, pero tan grande, espaciosa y elevada, que sólo tiene en España una rival, que es la de la catedral de Coria.

Es sobria y elegante de adornos, y su retablo, que ocupa todo el testero del altar mayor, es obra del siglo XVII, y de lo más excelente que se conserva de

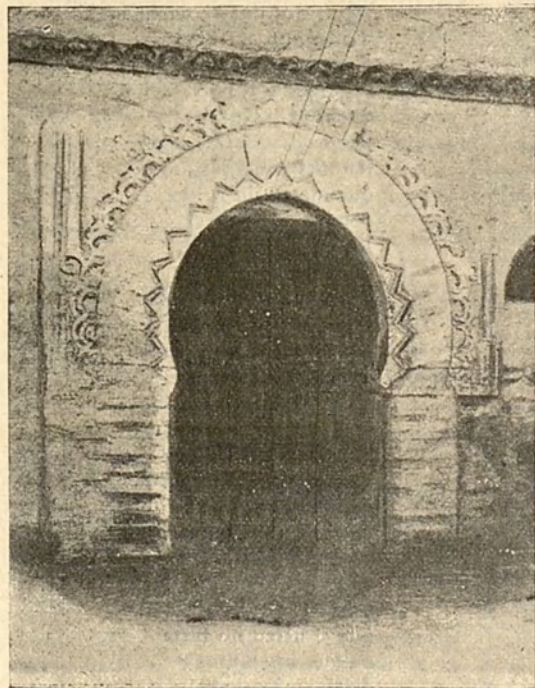
los buenos tiempos del arte. Consta de cuatro cuerpos de cuatro estilos arquitectónicos, combinados con cuatro columnas cada uno de ellos, y en el centro, sobre un trono de plata, está la imagen de la patrona. El retablo se atribuye á Girelto de Merlo.

En el exterior tiene el templo una bonita puerta de estilo ojival y de adorno semi-bizantino, y una elevada torre de construcción moderna.

También es digna de mención la antigua parroquia de San Pedro. Un atrio más alto que las calles rodea el templo, que es de carácter severo y monumental en sus tres espaciosas naves anchas y columnas cilíndricas que ciñen



PORTADA DE LA IGLESIA
DE SAN PEDRO



PORTADA ARABE EN LA CASA DE D. ALVARO MUÑOZ

capiteles de rudo follaje. El coro tiene una sillería muy bien tallada, y el retablo es magnífico. En el exterior tiene dos puertas de estilo gótico y una árabe.

La iglesia más antigua de todas es la de Santiago el Mayor, con tres naves y amplias ojivas, una buena torre, excelente retablo con la imagen de Santiago y efigies de bastante mérito, y preciosos cuadros, entre ellos los muy notables de la Purísima y de San Ildefonso.

Tiene algunos notables edificios particulares, y en sus derruidas murallas se conservan la Puerta de Toledo, la de Ciruela, Mata, Granada, Alarcos, Santa María y Carmen.

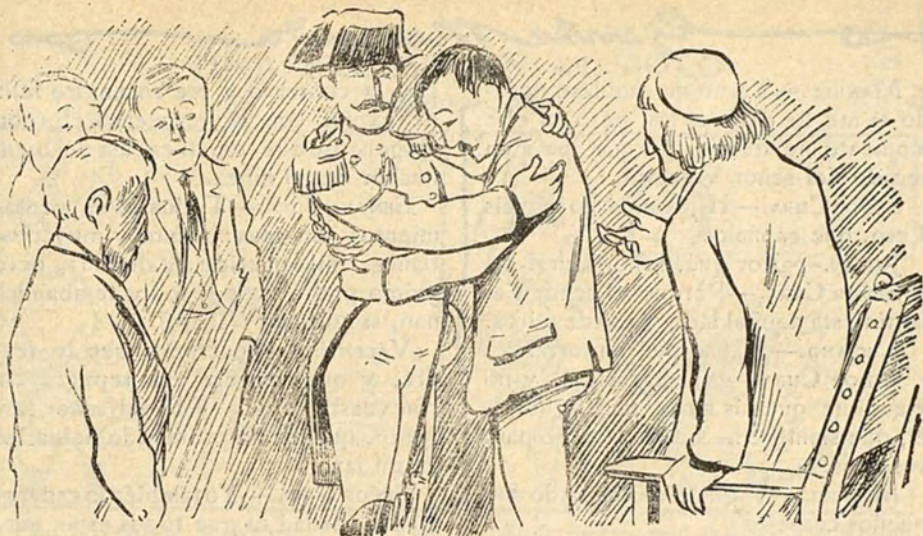


MIS VECINOS

Vive un matrimonio
 cerca de mi casa
 que tiene diez hijos
 en edad temprana;
 seis son los varones,
 cuatro las muchachas,
 y de trece Abriles
 el mayor no pasa.
 Apenas se nota
 ruido ni algazara,
 y hay quien no se explica
 cosa tan extraña.
 Y todo consiste
 en la buena maña
 que tienen sus padres
 de regir su casa.
 La gente menuda
 todas las mañanas
 sale de paseo
 y allí corre y salta,
 y en su domicilio
 siempre está ocupada
 ora en sus estudios
 y labores varias,
 ora en los recreos
 propios de la infancia.
 Unos con altares
 que hacen y engalanan;
 otros con teatros
 que ellos mismos arman;
 éstos dibujando
 y pintando estampas;
 las niñas con trajes
 que cortan y trazan
 para sus muñecas...
 en una palabra,
 con juegos tranquilos

que á ninguno dañan.

Otro matrimonio
 vive junto á casa,
 que tiene dos niños,
 muchacho y muchacha.
 ¿Pensarán ustedes
 que son de la pasta
 de los diez del otro?
 ¡Ay!, no; que se engañan.
 Todas son carreras
 y gritos y zambra,
 y golpes y riñas,
 quejidos y lágrimas.
 ¡Son dos criaturas
 tan mal educadas,
 que meten un ruido
 como veintitantas!
 La madre se queja,
 el padre regaña,
 y los gatos chillan
 y los perros ladran.
 Yo pienso á los padres
 poner esta carta:
 «Hay libros de niños
 con cuentos y fábulas;
 hay hasta periódicos
 que ilustran la infancia,
 muñecas y lápices,
 colores y estampas,
 y otros muchos juegos
 que al niño entusiasman,
 y hay... aquí un vecino
 que si usted no trata
 de que sus hijitos
 dejen su algazara,
 tiene ya resuelto...
 mudarse de casa.»



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

EL FORZADO O A TODO PECADO MISERICORDIA

CONTINUACIÓN

JULIÁN.—Valentín nada más, ¡par-diez! Con un forzado están demás los cumplimientos.

LUCIANO.—Pues tiene razón; es necesario que le hablemos así cuando abra su tienda.

EL HIJO DEL ALBÉITAR.—Mi papá ha dicho que no vuelve á darle trabajo.

EL DEL CARNICERO.—El mío, que no quiere surtirle de carne.

EL DE DOÑA JESUSA.—Y mamá ha dicho que hará que se mude de casa, pues ella no quiere que viva en ella.

EL DEL QUARNICIONERO.—¡Ay! pues mi papá no habla como los vuestros! Dice que es una desgracia para el señor Valentín, pero que no por eso deja de ser un honesto hombre, y que á veces vale más un presidiario que otros muchos que no lo son.

CARLOS.—¡Ay! ¿vamos á jugar á los presidiarios? Uno será el preso que se ha escapado, y los demás, los gendarmes que le van á aprehender. Anda, Julián, tú serás el presidiario.

JULIÁN.—¿Por qué no lo eres tú que tanto hablas? Yo quiero mejor ser gendarme.

TODOS LOS NIÑOS.—¡Y yo también!

CARLOS.—¡Pues es necesario que lo sea uno.

JULIÁN.—Por allí viene Manuel, que sale de casa de Valentín; que lo sea él. ¡Vamos á cogerle! *(Todos corren hacia él, el cual los rechaza, queriendo irse por otro lado; ellos le rodean, le hostigan y le tiran la gorra. MANUEL se impacienta y empieza á dar fuertes golpes por desembarazarse de sus camaradas. Acaba por caer, y los otros se precipitan sobre él; MANUEL pide ¡socorro!, y aparece el SEÑOR CURA en aquel momento.)*

ESCENA II

DICHOS y el SEÑOR CURA

SEÑOR CURA.—¿A qué viene este tumulto y algazara? ¿Quién tenéis ahí en el suelo? *(Los muchachos se retiran avergonzados, dejando libre á MANUEL.)*

MANUEL.—Perdón, señor Cura, no he podido ir por lo que me dijo el señor Valentín, pues sin saber por qué se han echado sobre mí y me han tirado al suelo.

CARLOS.—Es que queríamos jugar al presidiario, y como ninguno quería serlo, vimos venir á Manuel y fuimos á cogerle.

MANUEL.—Yo no me hubiese negado si me lo decís antes; pero en este momento no quería, porque iba á un recado del señor Valentín.

SEÑOR CURA.—Hijos míos: no juguéis á eso, que es malo.

JULIÁN.—¿Por qué, señor Cura?

SEÑOR CURA.—Porque el señor Valentín está aquí al lado y puede oiros.

LUCIANO.—¿Y eso qué importa?

SEÑOR CURA.—Se disgustará, y no creo que queráis darle un disgusto á él, que siempre ha sido tan bueno para vosotros.

MANUEL.—Y que nos ha dado tan buenos consejos.

JULIÁN.—¡Bah, bah!, un presidiario no es tan delicado.

SEÑOR CURA.—¡Tanto ó quizá más que otro cualquiera! Eso no debe decirse, Julián. (*Los niños se dispersan, poniéndose á jugar. MANUEL se va.*)

ESCENA III

EL SEÑOR CURA; después VALENTÍN

SEÑOR CURA.—(*Paseándose muy pensativo.*) ¡Pobre Valentín! Hasta los niños, todo el mundo huye de él y le desprecia. Me parece que no va á poder resistir este abandono. ¡Yo nunca le abandonaré! ¡Cómo va á poder vivir sin trabajo si todos los parroquianos se lo quitan! (*Aparece Valentín.*) Venga usted, pobre amigo; ¿por qué ha salido de su cuarto?

VALENTÍN.—¡Tengo necesidad de aire, señor Cura! Desde que recibí esta herida yo me ahogo; necesito mucho aire para respirar. He oído lo que acaba de pasar. Deje usted á los niños. ¡He sido culpable, y el Señor me castiga! ¡Es justo!

SEÑOR CURA.—¡Y bien severamente; amigo mío!

VALENTÍN.—Pero vea usted como me ha sido provechoso el castigo. Dios ha permitido que durante mi estancia aquí unos santos misioneros hayan venido á predicar, y tocándome en el corazón, he vuelto á la fe de mi infan-

cia, la conservo y me encuentro feliz de expiar con la vergüenza el robo vergonzoso que cometí en casa del bienhechor de mi niñez.

SEÑOR CURA.—Todos esos pensamientos son muy buenos y muy cristianos, mi querido Valentín; pero ¿cómo podrá vivir si todos le abandonan, si no tiene trabajo?

VALENTÍN.—Yo espero que lo tendré, y que venceré esa repugnancia con vuestra ayuda y la del señor sargento, que me ha prometido hablarlos en mi favor.

SEÑOR CURA.—Yotambién lo espero; mas la verdad es que todos están muy en contra de usted.

VALENTÍN.—No todos, señor Cura; vea usted al pobrecillo Manuel, que pide á su padre que le deje venirse de aprendiz conmigo. Lo principal es tener algún dinero para poder esperar al trabajo.

SEÑOR CURA.—En cuanto á eso no hay que apurarse, amigo mío; mi bolsa, si no muy llena, puede todavía remediar algo; tenga usted ánimos. El Señor nunca abandona los suyos. Procure tomar fuerzas, que cuando hayan venido, el trabajo no faltará.

ESCENA IV

DICHOS, el SARGENTO.

SARGENTO.—¡Cuánto me alegro verte ya bueno, mi valiente amigo! Si ese infame te hubiera dado en el corazón, el mío hubiese quedado bien lacerado en verdad. Pensar que un valiente como tú había sido sacrificado por mí, sería un recuerdo bien doloroso. Pero... todo va bien. ♪

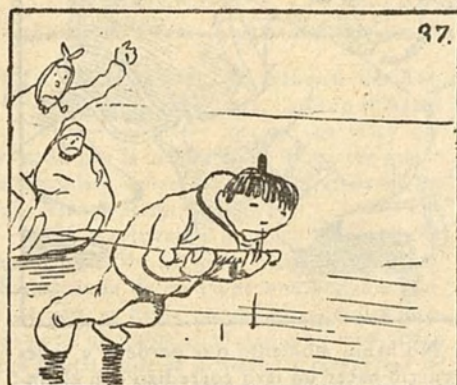
SEÑOR CURA.—Lo que ahora le apura al pobre es el desprecio con que le mira la gente del pueblo.

SARGENTO.—Déjeme hacer... Valentín, amigo mío, ¿te sientes con la suficiente fuerza para recibir la visita de los principales vecinos del pueblo, que vendrán conmigo?

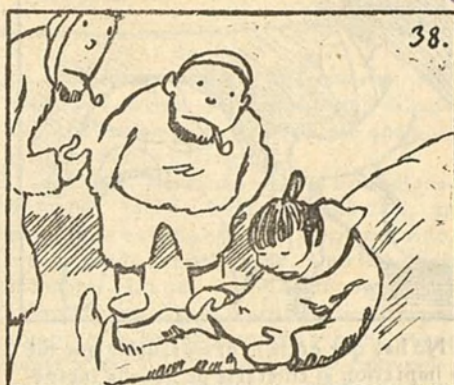
Continuará

UNA EXCURSION AL POLO

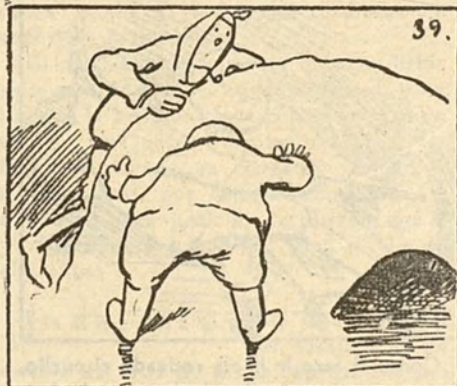
CONTINUACIÓN



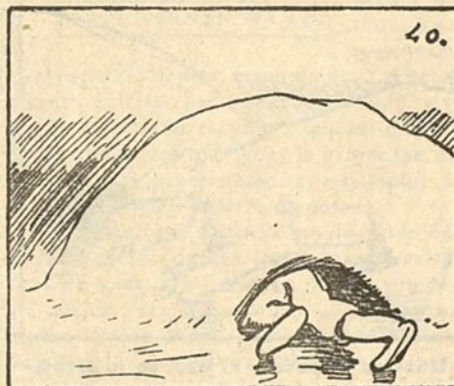
37.
Con la pérdida de sangre el pobre lapón iba desfallecido y apenas podía dar un paso.



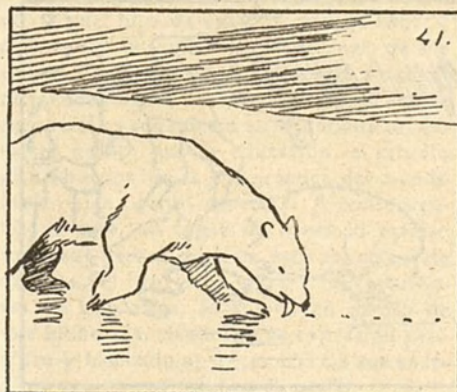
38.
Al detenerse, cayó al suelo, y se les puso tan malo, que fué preciso tomar una determinación.



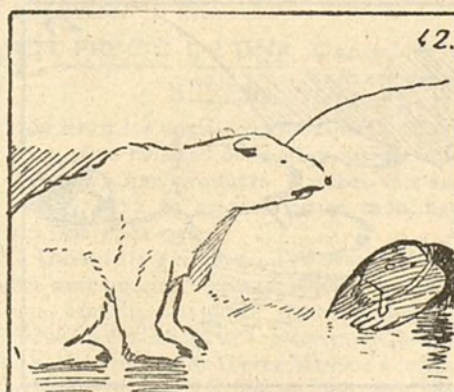
39.
Tit y Bip se apresuraron á construir una choza de hielo donde refugiarse.



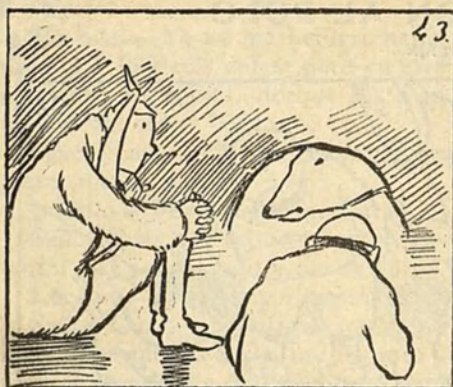
40.
Apenas acabado el *hainn*, introdujeron al enfermo y se guarecieron ellos también.



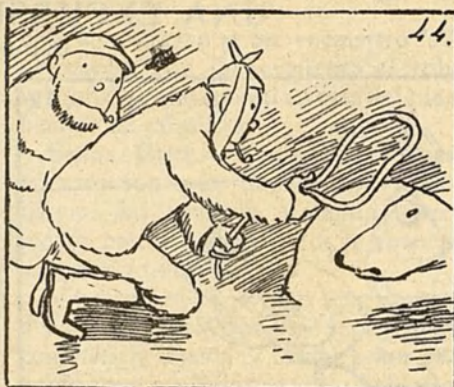
41.
Un terrible oso blanco olfateó la sangre del lapón y fué siguiendo su rastro sobre la nieve



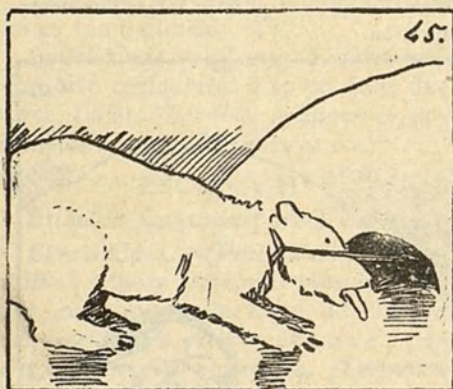
42.
Llevado por su feroz instinto, no tardó el animal en dar con la cabaña en que los tres hombres estaban.



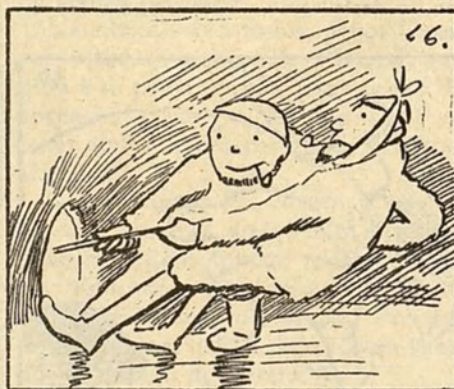
43.
No hay que decir lo desagradable que fué su impresión al enterarse de aquella inesperada visita.



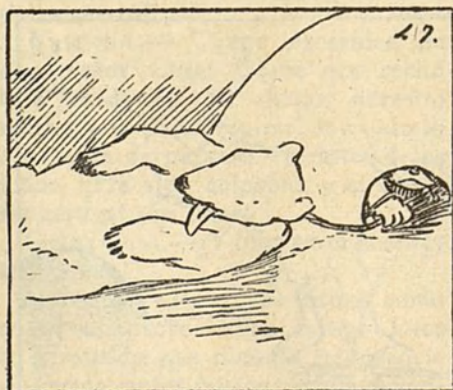
44.
No había momento que perder, y se les ocurrió hacer un lazo corredizo con el cinturón.



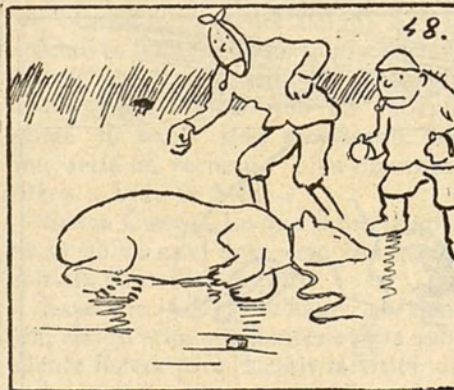
45.
Una vez dispuesto el lazo, se lo arrojaron de repente al oso con muy buen tino, y tiraron.



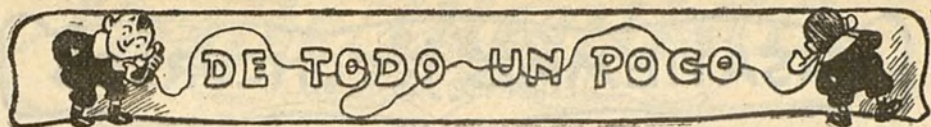
46.
Como el lazo le había rodeado el cuello, al tirar con fuerza ellos y al tratar de huir el animal...



47.
...ambas fuerzas se sumaron y dieron por resultado la muerte del oso, que quedó ahogado.



48.
Tit y Bip se apresuraron á apoderarse de su presa, con ánimo de satisfacer su apetito, que era tremendo.



EL TRIBUNAL DE ATENAS El tribunal de Atenas, llamado el Areópago, era muy ensalzado por la sabiduría de los jueces que le componían; se les iba á consultar desde los más lejanos países.

Estos magistrados tuvieron que entender en un caso de los más delicados. Una tal Eleia, viuda de un ciudadano bastante considerado, se había casado en segundas nupcias con un noble ateniense muy rico, pero tan brutal, que se dedicaba á martirizar de mil maneras al hijo del primer matrimonio.

Llegó un momento en que Eleia, decidida á todo, hirió á su esposo y le mató. Hubo que arrestar á la madre y conducirla á la colina donde el Areópago celebraba de noche sus reuniones.

El asesinato no pudo ser negado; había sido cometido en el hogar conyugal, y las leyes y la religión de la ciudad exigían un castigo. Los jueces, respetando las leyes de Solón, tuvieron que condenar á Eleia á muerte; pero, por amor á la humanidad y á la verdadera justicia, decidieron que la pena no fuese infringida... ¡sino al cabo de cien años!

UN RETRATO Una familia inglesa que habitaba en un castillo del país de Gales, aprovechó uno de sus viajes á Londres para hacerse retratar por el célebre Reynolds. Encargaron al artista pusiera especial cuidado en el retrato del hijo, de edad de catorce años, y que era el encanto y la esperanza de sus padres. A pesar de la indolencia y del carácter turbulento del chico, el ojo del artista encontró en seguida en su fisonomía un carácter noble, que la educación, el estudio de los buenos libros y la práctica del mundo harían bien pronto aparecer. A consecuencia de esto, en lugar de hacer el retrato como sus padres querían, esto es, con traje de caza, el fusil en la mano y las cartucheras en bandolera, le colocó en medio de una biblioteca, dándole una expresión pensativa y haciendo aparecer tras de sus enérgicos rasgos una sombra de genio.

Pero he aquí que una vez acabado el retrato, el padre y la madre se quejaron amargamente,

—No solamente no está nuestro hijo parecido—decían,—sino que habéis faltado á lo que habíamos convenido, á lo que nosotros os hemos encargado.

—¡Cómo!—exclamó Reynolds indignado.—Me habíais traído un zopenco, un bobalicón; os le he hecho un joven instruído, bien educado y distinguido, y no le queréis reconocer. Lo que debéis es darme gracias y hacer porque este muchacho llegue á ser como yo le he representado y como puede llegar á ser, si tenéis cuidado de cultivar las buenas disposiciones que he adivinado en él.

PAPEL SECANTE ESPECIAL PARA QUITAR MANCHAS DE TINTA Para quitar los borrones de tinta que suelen caer

en el papel, se emplea, generalmente, el papel secante, primero para absorber la tinta, y si queda mancha se recurre á una sal ó sustancia cualquiera que tenga la propiedad de blanquear el papel, como, por ejemplo, la sal de acedera ó oxalato de potasa.

Pues bien; una pequeña modificación del método podrá darnos los mejores resultados. Se toma papel secante grueso, y todavía mejor, cartón secante, y se empapa muchas veces en una disolución de oxalato de potasa, y después se deja secar. Entonces tenemos ya un secante excelente, pues no sólo chupa la tinta, sino que, como blanquea el papel al mismo tiempo, la mancha desaparece.

EL PRECIO DE UNA CANCIÓN Generalmente se ha representado en las ca-

ricaturas á los poetas con un aspecto escuálido, como muertos de hambre, para aludir á lo poco que producen al pobre vate sus versos; pero en esto, como en todo, hay sus más y sus menos.

Durante la guerra del Transvaal, el célebre autor inglés Ruydard Kipling escribió una canción patriótica, que se cantó en todos los conciertos de Inglaterra. ¿Quieren saber los lectores de GENTE MENUDA á cuánto ascendieron los derechos de autor que percibió el poeta? ¡Pues á la friolera de tres millones de francos! El autor la cedió á las viudas y huérfanos de la guerra.



PASATIEMPOS Y CONCURSOS

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

NÚMERO 1

G ídem A

CHARADA

Hay una letra en *segunda*,
en *tercera* alguna más,
y en francés es mi *primera*
lo mismo que mi mamá.

A LOS MADRILES

Madrid	villa
Madrid	en los EE. UU.
Madrid	diócesis
Madrid	antigua revista
Madrid	valor 100 pesetas
. . Madrid	lugar de Santander
. . . . Madrid	camino
. Madrid	célebre actriz.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

NÚMERO 2

T

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

NÚMERO 3

G. o

PROBLEMA GEOGRAFICO

Entre dos preposiciones
una prenda militar,
de Pontevedra una ría
sin duda tiene que dar.

CHARADAS INTERCALADAS

1.^a Colocar dentro de un adjetivo una negación, y nos resultará una población de Filipinas.

2.^a Una nota musical dentro de un mes; *todo*, filipino.

3.^a Dentro de un tiempo verbal colocar un seis; *todo*, población de Filipinas.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

NÚMERO 4

TODO-DLA

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

NÚMERO 5

D A

SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS DEL NUMERO ANTERIOR

Al enigma: Indivisibilidad.

A los hijos de Eva: Evan, Evax, Evans, Evarco, Evagrio, Evandao, Evanson, Evágoras, Evangeli, Evaristo, Evangélico, Evangelistas.

Al jero glífico comprimido: Partenón.

A la charada: Casualidad.

A la charada: Dulcinea.